A la memoria de académicos fallecidos:

JORGE MUÑOZ TURNBULL (1906-1990)

RAFAEL RAMOS-GALVAN*

Esta Academia, fundada en 1851 me ha hecho el inmerecido honor de designarme para que dirija a ustedes unas palabras de respetuosa evocación a la figura señera del doctor Jorge Muñoz Turnbull, quien ingresó a nuestra corporación el 18 de abril de 1951, esto es el mismo año en que ella cumplía su primer centenario.

No podré tener la palabra mucho más allá de 300 segundos para expresar lo que tan distinguida persona representó para nuestra especialidad y con ello para los niños que -en uno solo o todos reunidos- son y serán siempre la esencia misma de la humanidad. Pero ese corto tiempo no representa obstáculo insalvable por que tiempo y espacio modulados por la emoción no tienen medida cuando se dedican a señalar las virtudes de un hombre, que, antes que nada, fue un caballero. Pero además, si las palabras empleadas en esta ocasión convocan con éxito a la emoción de los aquí reunidos, entonces, lo que pueda expresarse, por humilde, breve y desmañado que sea, tendrá fuerza suficiente para tramontar altura y descender a valles estremeciéndolos por su razón de ser. Llegará por tanto hasta el Macuiltepec, que cuida amoroso a Jalapa la bella, en la que el doctor Muñoz vio la luz primera el 12 de octubre de 1906, en donde transcurrió su niñez y cursó los años preparatorios.

In memoriam ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 14 de junio de 1989.

* Académico titular.

Se unió en nupcias a doña Matilde Muñoz en diciembre de 1925. Tan digno matrimonio logró reverenciar su estirpe y verla en su devenir a través de las generaciones, en tres hijos, doce nietos y diez bisnietos.

El maestro cursó sus estudios profesionales en nuestra Universidad Nacional y se recibió en enero de 1930. Poco después ganó, por méritos propios, una beca que le permitió estudiar pediatría durante dos años en Les Enfants Malades, hospital que para muchos de nosotros fue meta y deseo nunca alcanzados. En ese lugar aprendió con Debré y Nobecourt.

De regreso a México tuvo actuación destacada en el primer curso de pediatría realizado en nuestro país y de inmediato formó parte de la *cohorte* de jóvenes pediatras que dieron vida a los Centros de Higiene, fundados gracias al empeño de Isidro Espinosa de los Reyes y de Mario Torroella. Más adelante se incorporó a la Casa de Cuna de Coyoacán, que renacía bajo el impulso de esa ejemplar juventud hacedora de la incipiente pediatría mexicana, una de cuyas metas era la fundación del Hospital Infantil de México que, por cierto, alcanzarán.

En ese hospital, el doctor Muñoz colaboró desde un año antes de su inauguración y tuvo el mérito de adiestrar a las enfermeras seleccionadas, que entonces no las había con especialidad en niños.

Ya inaugurado el nosocomio, fue Jefe de los Servicios de Preescolares en donde tuvo muchos alumnos; de entre ellos fueron colaboradores destacados Joa-

quín de la Torre y Adrián Pérez Ramírez, ambos ya fallecidos.

Debo ser breve sobre las aportaciones específicas que son meollo de su *curriculum*. A la sociedad Mexicana de Pediatría nos trajo el gotero de Murphy, que hacía posible el goteo endovenoso de soluciones hidratantes según el método de Karelitz y con ello abandonar la absurda aplicación subcutánea de sueros en niños deshidratados.

Realizó además una investigación sobre colitis mucohemorrágica en animales publicada en nuestra GACETA MÉDICA DE MÉXICO, y como clínico se interesó en los síndromes de mala absorción pero, además, en los trastornos nutricios del lactante y del preescolar, reuniendo amplia casuística de niños pelagrosos. Como resultado de ello publicó un libro titulado: *Alimentación infantil y trastornos nutritivos del niño*, del que hubo cuatro ediciones.

Pero no sólo fueron alumnos del maestro los que formó en el Hospital Infantil. Tuvo además a su cargo una cátedra de pediatría en la que transmitió toda su filosofía humanista.

Quisiera mencionar aquí a tres de esos alumnos: el primero, ya fallecido, fue Rogelio Hernández Valenzuela, fundador nada menos que del Servicio de Pediatría del ahora Centro Médico La Raza.

Más joven que él, y ya también fallecido fue Odilón Chávez Gaytán, con el que el doctor Muñoz realizó un estudio muy convincente sobre la necesidad de respetar y enseñar a respetar a los niños a través de la técnica de libre demanda en la alimentación, lo que para muchos de nosotros ha sido inspiración y grata obligación.

El tercero de ellos, caballero como el maestro, fue su alumno predilecto. El doctor Javier Luengas B. En la década de los setentas demostró ser pediatra de excelencia y de excepción por su labor al frente de una Sala de Día del Servicio de Nutrición del Hospital de Pediatría del Centro Médico Nacional. No puedo extenderme en ello, pero sí decir que, en amable convivencia con los médicos de sus hijos, madres humildes de niños muy desnutridos que habían sobrevivido, veían luz de esperanza y se reconciliaban con la vida, pues el alumno seguía, con renovado impulso, la filosofía transmitida por el maestro inolvidable.

Como ustedes ven, el doctor Jorge Muñoz Turnbull supo sembrar y cosechar y gozó de una verdad eterna, la de que la medicina es y debe ser una filosofía social del más alto nivel, que ve... más allá del enfermo, ve al grupo todo y a su circunstancia, ve, ciertamente, a la humanidad.

JOSE ANGEL PESCHARD DELGADO (1900-1990)

JESUS KUMATE-RODRIGUEZ*

El pasado mes de febrero falleció en la ciudad de Durango el decano de la Academia Nacional de Medicina, doctor José Angel Peschard Delgado. Ingresó a la Corporación el 29 de marzo de 1933 y durante su fructífera y ejemplar vida pudimos concelebrar sus jubileos aureos, el profesional en 1975 y el de recepción académica en 1983.

El académico Peschard Delgado cumplió con plenitud los ideales concebidos en el primer estatuto de la Academia para sus miembros correspondientes: «que ubicados en todo el territorio nacional informaran de las enfermedades, climas y plantas medicinales propias de cada región». Posteriormente, al ser modificado el estatuto y pasar a la condición de numerario y titular, tuvo un desempeño más que distinguido. Lo recordamos con los afectos, estimación y admiración debidos a un miembro eminente de esta casa; a un amigo entrañable y a un profesional responsable del progreso médico en su entidad, al humanista que veló y atendió por los intereses de los duranguenses menos favorecidos.

La Academia le rindió merecidos homenajes con motivo del aniversario número cincuenta de su recepción profesional, al sumarse al organizado por la Facultad de Medicina de la Universidad de Durango y en 1983 reconoció su meritisísima trayectoria al término de sus primeros cincuenta años como académico. Ahora al término de su ciclo vital, la Corporación lo recuerda, le reconoce sus aportaciones y lo presenta como paradigma de virtudes académicas.

Don Angel ingresó a la Academia con el trabajo «Acceso transoccipital de hematomas en la fosa posterior», bajo la presidencia del maestro don Fernando Ocaranza. Era, a ocho años de su graduación, el cirujano más distinguido de Durango, fungía como director del Hospital Civil, había realizado la primera prostatectomía por vía perineal y la buena fama de su profesionalismo era ya *vox populi*.

El académico Peschard introdujo el éter en substitución del cloroformo, el empleo de la biometría hemáti-

In memoriam ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 13 de junio de 1990.

* Secretario de Salud. Ex presidente de la Academia nacional de Medicina.

ca en los padecimientos agudos del abdomen, y él usó primero las sulfonamidas y la penicilina. Puso en funcionamiento, desde los años treinta, el primer banco de sangre en la región. En esa misma década comenzó a utilizar procedimientos endoscópicos para diagnóstico y tratamiento de los padecimientos urológicos.

Sus contribuciones al progreso médico en Durango no se suspendieron nunca. En la década de 1950 promovió la instalación de un equipo de radioterapia profunda e inició la cirugía prostática transuretral. Supo acompañar el trabajo con el ritmo y el signo de los tiempos, cultivó la urología y estudió las aportaciones de la nefrología. Al paso del tiempo se interesó por la historia de la medicina. En 1985 publicó *Apuntes para la Historia de la Medicina en Durango*, monografía muy completa sobre el tema dedicado a la Academia Nacional de Medicina de México. En ella describe la evolución de nuestro arte-ciencia desde la fundación de Durango en 1563 hasta el final de la revolución.

Los *Apuntes* relatan los episodios médico-sanitarios sobresalientes de Durango, las epidemias de viruela en el siglo XVIII, la retención para variorizar y su aceptación precisamente en 1798, en ocasión de la epidemia de ese año. La conservación de la nueva linfa vacunal y las medidas de salud pública con motivo de la epidemia de cólera en 1834.

Don José Angel aporta el dato sobre la introducción de la antisepsia en la cirugía en la tesis doctoral del doctor Jesús San Martín, duranguense que cursó estudios médicos en París bajo la tutela del Profesor M. Guyon: *Plaies de séreuses traitées par le pansement de Lister* en 1877 y da la prioridad a Durango respecto a Liceaga y Vértiz que la aplicaron en México en 1880. Cabe destacar la aportación docente del académico Peschard en congresos, reuniones, cátedras de la Facultad de Medicina y de la Escuela Preparatoria. Son legión las generaciones médicas que recibieron sus enseñanzas y se beneficiaron de su experiencia.

Hombre de su tiempo, organizó en 1935 un sindicato de médicos y odontólogos, fue corresponsal del Seminario de Cultura, director en tres ocasiones del Hospital Civil, miembro del Club Rotario del que fue presidente y gobernador del distrito; llegó a *fellow* de la Fundación R. I.

La Academia Nacional de Medicina pierde a un miembro valioso por su trabajo, por su ejemplo, y en especial por su calidad humana. Otro ocupará su lugar pero su ausencia no dejará de sentirse, no en balde escribió Pascal: *Le coeur a de raisons que la raison ne connaît point*.

LUIS SIERRA ROJAS (1917-1990)

EDUARDO VAZQUEZ-VELA S.*

Antes que nada deseo expresar mi agradecimiento a la mesa directiva de la Academia Nacional de Medicina por honrarme con la difícil pero muy grata tarea de llevar a cabo el *in memoriam* de tan distinguido ortopedista y querido amigo. El doctor Luis Sierra Rojas nació en la ciudad de México el día 3 de julio de 1917. El primogénito de seis hermanos, miembros de una familia muy unida y cuyas características de integración predominaban en la clase media de principios de siglo.

Su infancia transcurre en Coyoacán mientras realiza sus estudios de primaria, secundaria y preparatoria en el Instituto Franco-Inglés. Ingresó a la Escuela Médico Militar en 1936 y obtiene el título de médico cirujano el 9 de diciembre de 1941. De inmediato es comisionado a la sala de traumatología donde labora bajo la guía del doctor Roberto Nava Rojas, cirujano general con especial interés en la traumatología. En el año de 1943 ocurren tres hechos de gran importancia en su vida. Por un lado, se inaugura el Hospital Central Militar donde continúa comisionado a la sala de traumatología. Por otro, ingresa a la misma Escuela Médico Militar su hermano menor, Octavio. Quien fuera su compañero profesional y amigo de toda la vida. A fines del mismo año obtiene una comisión especial por parte de la Secretaría de la Defensa Nacional para viajar a Nueva Orleans donde ingresa como residente del servicio de ortopedia con la tutela del doctor Guy A. Aldwell, quien posteriormente se convertiría en miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Ortopedia.

En el año de 1945 al regresar a México, es reinstalado en su comisión en el Hospital Militar pero pocos meses después es llamado por Don Federico Gómez para ingresar a una de las salas de ortopedia del Hospital Infantil de México. Se integra al servicio del doctor Alejandro Velasco Zimbron. Allí funda en 1948 el banco de huesos, el primero en Latinoamérica organizado con los criterios más estrictos de la época y precursor del que años más tarde se organizaría ya en una específica y con mayores recursos, en el Hospital Central Militar.

La importancia y trascendencia nacional e inter-

In memoriam ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 11 de julio de 1990.

* Académico numerario.

nacional de estos bancos, lo hicieron acreedor a una mención honorífica por parte de la Secretaría de la Defensa Nacional.

Tanto en el Hospital Infantil como en el Hospital Militar dedica varios años al tratamiento de los pacientes portadores de secuelas de poliomielitis. Sobre este tema hizo aportaciones de gran trascendencia, las cuales fueron publicadas en los *Anales de Ortopedia*.

En el año de 1962 se unifican los servicios de ortopedia y es nombrado jefe del departamento de ortopedia del Hospital Infantil de México. Al mismo tiempo se retira del ejército y pasa de teniente coronel activo a coronel en el retiro. Este hecho le deja más tiempo y le permite dedicar todas sus fuerzas a la ortopedia infantil. Dentro de ella su pasión profesional lo constituyó la luxación congénita de la cadera, patología a la que dedicó mucho de su tiempo. En este campo tuvo una labor destacada tanto nacional como internacionalmente, sobre todo por sus estudios tanto de la patología como del tratamiento.

Publica *La Osteotomía Acetabular* para el tratamiento de las secuelas en niños mayores. Su publicación se adelanta nueve años a la de Salter quien, sin embargo, ahora es reconocido como su creador. Esta injusticia científica se repite con frecuencia, pero a él parecía no afectarle y en pocas ocasiones, si no es que nunca, hacía mención al hecho. En el año de 1984 se publica su libro sobre esta patología y en él se condensa la experiencia acumulada durante años y expone la problemática con el enfoque de lo que sucede en nuestro medio.

En 1946 ingresa a la Sociedad Mexicana de Ortopedia, donde desarrolló una labor académica muy intensa. Simultáneamente, manifestaba sus inquietudes sociales en especial ante los jóvenes. Su pasión en las discusiones sobre este tópico era bien conocida por sus amigos ortopedistas, quienes con frecuencia lo estimulábamos a exponer sus ideas e inquietudes. En no pocas ocasiones la acalorada discusión llevaba muchas horas sin que la pasión del doctor Sierra se viera disminuida por las posturas antagónicas.

Defendió siempre su verdad, y si bien es cierto que sus ideas no eran por todos compartidas, también lo es que eran escuchadas y respetadas, sembrando en algunos interlocutores la necesidad de reflexión sobre determinados temas sujetos a discusión.

Es electo presidente de la Sociedad Mexicana de Ortopedia para el bienio 1969-1971 y, dentro de su labor, destaca haber logrado que las sesiones se iniciaran puntualmente, dando así seriedad a las ponencias y a las acciones de la mesa directiva. Esta tradición es

celosamente conservada hasta la actualidad. Al mismo tiempo organiza la mecánica administrativa de la Sociedad, y hace las sesiones más atractivas, especialmente para los médicos jóvenes. Aún después de dejar la presidencia, continuó participando activamente en esta organización, y siempre se destacó, porque con sus intervenciones creaba la tan necesaria controversia para la vida intelectual de la corporación.

Ingresa a la Academia Nacional de Medicina el 27 de julio de 1960, y se muestra siempre dispuesto a colaborar en sus actividades.

Fue profesor de ortopedia de la Facultad de Medicina de la UNAM y tuvo la oportunidad de transmitir sus conocimientos a una gran cantidad de generaciones de residentes en diferentes hospitales. Sus clases y discusiones con los alumnos se acompañaban siempre de su inquietud e interés por los problemas sociales de nuestro país.

Hombre culto que dedicó a la lectura mucho tiempo, especialmente a la filosofía social y a los tratados acerca de las relaciones mexicano-norteamericanas. Pero su pasión en el terreno de la política fue indudablemente la revolución cubana.

Su actividad deportiva preferida fue el tenis, deporte en el cual destacó, llegando a ser campeón juvenil del club que entonces era el semillero más importante del país.

Dominaba el inglés tanto como el francés y dedicó gran parte de su tiempo a viajar por el extranjero, y en menor grado por la República Mexicana, demostrando siempre admiración por las manifestaciones culturales de los habitantes oriundos de las diferentes regiones de nuestro país.

Como he mencionado repetidamente, el doctor Luis Sierra Rojas era un hombre apasionado y, dentro de sus grandes pasiones, ocupa un lugar destacado la que tuvo por su amable y querida esposa, Lolita, con quien contrae matrimonio el 7 de octubre de 1944. Trasciende el amor y la unión de esta pareja ejemplar y sus 7 hijos. Uno de ellos, Raúl, cirujano ortopedista, seguramente continuará la tradición ortopédica de su señor padre.

Su amor por los niños se acrecienta en la profunda convivencia que tuvo oportunidad de vivir con sus nietos.

Descanse en paz el doctor Luis Sierra Rojas, un apasionado de y por la vida, cuyo ejemplo será imborrable.

LUIS GUTIERREZ VILLEGAS (1901-1990)

FRANCISCO DURAZO*

La mesa directiva de nuestra academia me ha conferido un alto honor, al pedirme recordar al maestro doctor don Luis Gutiérrez Villegas, miembro distinguido de nuestra corporación desde el 20 de mayo de 1936, y presidente de la misma en 1952, honor que me honra y que ahora desempeño con gran respeto y admiración.

Tuve el privilegio de conocer de cerca a don Luis y de disfrutar de su afecto y amistad desde mi juventud, cuando me iniciaba en las disciplinas que hoy conforman una especialidad médica: la patología clínica.

Quien hoy con respeto recordamos, nace a principios de este siglo, en la ciudad de México, de familia acomodada, sus padres don Eladio Gutiérrez y doña Dolores Villegas. Durante su niñez le tocó vivir las vicisitudes de la lucha revolucionaria. Sus primeros estudios los realizó con los maristas en el colegio Francés de Alvarado. Ingresó a la Escuela de Medicina de la UNAM y obtuvo su título de médico cirujano en el año de 1924, con la tesis rectorial «El examen del L.C.R. en la sífilis», la que define la vocación del maestro por la medicina de laboratorio, y que en su tiempo empezaba a integrarse con exámenes bacteriológicos, parasitológicos y urinalisis, en un incipiente laboratorio con que contaba el Hospital General, a cargo del doctor Indalecio Valverde.

La química sanguínea se empezaba a conocer con las determinaciones de la glucosa que practicaba el doctor Francisco de P. Miranda en el mismo hospital. A partir de esta época se dejó sentir la tendencia a la renovación de la medicina en México: el doctor Gastón Melo brillaba en la cátedra, y el doctor Genaro Escalona impulsaba en forma decisiva la medicina en el Hospital General; en esa época nacen las especialidades, encabezadas por tres médicos que con gran visión encanzaron su especialidad con la utilización de los métodos diagnósticos modernos, formaron una escuela y dieron brillo a la medicina mexicana tanto nacional como internacionalmente.

Indudablemente, los logros alcanzados por la medicina institucional de entonces, tuvieron eco en la prác-

tica privada. El ciclo empezaba a demandar estudios de laboratorio complementarios, que fueron determinantes para que surgieran algunos laboratorios privados, como el de los doctores González Fabela, Ernesto Cervera; Tomás Perrín y otros.

El doctor Gutiérrez Villegas quien realizaba estudios de postgrado en Alemania en el Instituto de Enfermedades Tropicales de Hamburgo, y en París en el Instituto Pasteur, a su regreso a México trajo consigo la cepa de la vacuna B. C. G., con la que inició sus trabajos el doctor Alberto P. León.

Por aquel tiempo el Instituto de Higiene cobró nuevos bríos bajo la dirección del doctor José Sozaya, organizó numerosas campañas sanitarias sobresaliendo la de la vacuna antivariolosa y la de la onchocercosis, que estuvieron a cargo del doctor Gutiérrez Villegas, quien también realizaba las investigaciones sobre el mal del pinto y la brucelosis.

Posteriormente don Luis, imbuido de los avances tecnológicos de la época, consciente del cambio que entonces experimentaba el ejercicio de la medicina (que sin abandonar la influencia francesa principiaba a absorber los progresos tecnológicos de la medicina norteamericana), y convencido de la necesidad de apoyar a la medicina privada con las nuevas adquisiciones, establece un laboratorio privado que dispone de todos los avances tecnológicos de la época, el cual constituyó un modelo en ese tiempo. De allí emanaron numerosos trabajos que sentaron las bases sobre las relaciones entre la clínica y el laboratorio; y diseñaron el perfil de patólogo clínico, como el integrante de un equipo multidisciplinario; que participa en el proceso diagnóstico y sienta las bases de la terapéutica; como el mismo dijera alguna vez: el hombre de gabinete abandona su torre de marfil y se sitúa en el lugar que le corresponde dentro de la comunidad médica.

Su sólida preparación y su vocación de maestro, lo llevan a la Escuela de Medicina, en donde imparte las cátedras de microbiología y hematología, desde 1925 hasta 1953.

En el año de 1943 es llamado por el doctor Federico Gómez para organizar los laboratorios clínicos del naciente Hospital Infantil.

A fines de la década de 1940 el doctor Salvador Zubirán ocupa la dirección de la División de Investigación Biológica de la Industria Nacional Químico-farmacéutica, y el doctor Gutiérrez Villegas es nombrado director del Instituto Behring. Aquí pudo realizar una labor pionera al instruir los tiempos completos para investigadores, segunda institución después del Institu-

In memoriam ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 13 de octubre de 1990.

* Académico titular.

to de Cardiología Ignacio CHávez, en donde pudieron desarrollarse numerosos investigadores, ahora destacados académicos como los doctores: Laguna, Pardo y Ondarza entre otros. Asimismo se abrieron plazas para estudiantes de medicina quienes desde los primeros años de la carrera, pudieron adentrarse en el método científico experimental, y ahora son destacados investigadores y maestros universitarios.

En aquel tiempo la poliomielititis constituía un verdadero problema sanitario, que requería la contribución de los más capaces para su resolución, el doctor Gutiérrez Villegas sensibilizó destacadas personalidades de la iniciativa privada, y así nació el «Centro de Estudios sobre Poliomielititis».

Una institución privada en donde se empezó a elaborar la gamaglobulina inmune, una de las pocas armas efectivas con que se contaba en aquel entonces. En este mismo centro se iniciaron los primeros trabajos que culminaron con la elaboración de la vacuna «salk».

En el desarrollo de la patología clínica nacional, el doctor Gutiérrez Villegas fue uno de los pioneros, formó parte del grupo que encabezado por los doctores Ignacio González Guzmán y Luis Rodríguez Villa, sentaron las bases de la naciente «Asociación Mexicana de Médicos Laboratoristas». Fue el segundo presidente de la misma y organizó en 1952 la primera «Reunión Nacional de Laboratorio Clínico», con un evento sobresaliente que contó con la presencia de distinguidos invitados extranjeros. Desde la misma presidencia hubo de alzar su voz y convocar a la comunidad de patólogos clínicos para sancionar la conducta de algunos miembros, la que se apartaba de los principios deontológicos consignados en sus estatutos.

El doctor Gutiérrez Villegas consagró íntegramente su vida profesional al ejercicio y al enaltecimiento de la patología clínica. Publicó cuarenta y dos trabajos tanto en revistas nacionales como internacionales y dictó más de ciento ochenta conferencias en esta misma academia, en reuniones científicas y en congresos.

Una vida de estudio, de labor fecunda que forjó una personalidad científica sólida con la rigidez que otorga la experiencia, el estudio y la superación.

En 1927 se casó con doña Dolores Velázquez, quien fue su compañera inseparable durante toda la vida, y a quien profesó gran cariño y admiración; su dedicación a ella fue ejemplar y permanente, pudieramos decir que fue la justificación de planear su laboratorio en su mismo domicilio, no podía alejarse de ella. Formaron una pareja que fue un modelo de afecto y respeto mutuo. Volcaron su cariño en su único hijo el doctor Antonio Velázquez quien fue receptor de las enseñanzas, de la orientación y el apoyo que todos necesitamos, para hacer de él un destacado médico y brillante geneticista y ahora distinguido académico, quien en su juventud y después en unión de su familia le llevaron alegría a su hogar.

Don Luis en su vida privada era afecto a la lectura y a la música; en su juventud practicó el tenis y el golf. Peinaba delicadamente y vestía y calzaba elegantemente y siempre exhibía una sonrisa bondadosa. Era una mezcla proporcionada de pulcritud y modestia; se distinguió por su caballerosidad y delicadeza en el trato a quienes disfrutamos de su amistad y afecto.

El día 23 del mes de junio del presente año se nos adelantó en el camino; la medicina mexicana pierde a un preclaro representante, y la sociedad a un varón ejemplar.

Ahora ocupa un lugar de honor entre quienes con su inteligencia y esfuerzo han contribuido con gran distinción al desarrollo de la patología clínica en nuestro país, y quien por sus méritos fue miembro distinguido y ex presidente de nuestra Academia.

Agradecemos la presencia de los familiares del maestro que hoy nos acompañan y a quienes les referendamos nuestras más sentidas condolencias, y la seguridad de que don Luis Gutiérrez Villegas vivirá en nuestra memoria.